

*Consideraciones generales.*

Trazada sobre el principio del llamado realismo, la política internacional se desarrolla como una técnica o sistema de puro poder. Sin embargo, esta forma de actuar es cada vez más peligrosa, por cuanto no responde más que muy ocasionalmente a las necesidades del momento y sólo logra establecer unos equilibrios de extrema inestabilidad, que amenazan ruina por todas partes. La situación actual es una prueba tangible de ello. Diariamente estamos viviendo en un clima de grave tensión, debido a que los grandes bloques en pugna utilizan sus respectivas masas de poder sin otra preocupación inmediata que la de evitar perder posiciones útiles al adversario. En realidad, esto es lo más parecido a una balanza donde lo único importante es conseguir una igualación de peso entre los dos platillos, sin considerar la materia que contiene.

Ahora bien, en el campo de las relaciones internacionales, una tensión demasiado fuerte no se puede mantener indefinidamente y por ello tiene que desembocar en la guerra o en un nuevo ordenamiento, debidamente negociado. En este último caso prevalecerá quien tome la iniciativa de montar una política dotada de sentido, principios y finalidades que trasciendan de la mera técnica de poder. Tal idea va calando en la mente de los grupos directivos de las grandes potencias y aun cuando lo cierto es que, a pesar de la propaganda, sólo en forma embrionaria empieza a desarrollarse, no hay dudas de que se impondrá en la dirección de una guerra fría cuya continuación es previsible, cuanto menos durante otro decenio. Por lo pronto, parece que se está estudiando una reorganización de la N. A. T. O., que

le permita hacer frente a la nueva ofensiva de la U. R. S. S., quien intenta ganar por medios económicos fundamentalmente (presa de Assuán, ayuda a China, etc.) y también culturales (becas a los estudiantes árabes, misiones, exposiciones, etc.), lo que no pudo conquistar por la vía política o militar. La pugna que ha existido desde 1945 ha sido más bien posicional, en lo geopolítico y en lo económico. El control de la Europa Oriental, el sostenimiento de la independencia griega, el bloqueo de Berlín, las guerras de Corea e Indochina, la anécdota de Mossadeq, la formación de la cadena estratégica que va desde Japón hasta Filipinas pasando por Okinawa y Formosa, la invasión de Suez, los desembarcos en Líbano y Jordania son unos ejemplos enumerativos de la política a que nos referimos. Pues bien, partiendo de la base de que la fricción ha de continuar, puede verse que si no ocurre alguna circunstancia imprevisible que lleve a la tercera guerra mundial—un *cassus belli* mal enfocado, un error de cálculo como el de la invasión de Polonia en 1939<sup>1</sup> o un adelanto técnico que se juzgue decisivo<sup>2</sup>—la guerra fría ha de ir tomando un sesgo totalmente nuevo, porque la política exterior ha de ir en función de concepciones más hondas que el puro principio del *balance of powers*. Por lo demás, el secreto del poder consiste en adaptarse a las nuevas necesidades más que en basarse indefinidamente sobre el temor.

Nos encontramos, pues, ante una fase histórica cuyo planteamiento exige una nueva postura, concretamente una adecuación a las realidades sociológicas, según se ha venido pidiendo y preparando, de manera bastante dispersa, por muchos pensadores sitos en el campo de la especulación teórica.

La política internacional, efectivamente, debe de estar ligada a las realidades sociales. El punto de partida fáctico para ello es que las naciones constituyen, ante todo, grupos sociales. Los resultados de la investigación sociológica sobre el contenido y funcionamiento de la realidad social han de ser analizados, en consecuencia, no como una mera digresión, sino como un aspecto fundamental del plan a que conviene sujetar la acción exterior; de otra forma se corre el riesgo de actuar anacrónicamente y sin eficacia alguna.

<sup>1</sup> El último libro de von Manstein, "Lost Victories" (1958) es concluyente sobre el hecho de que Hitler no creyó nunca en que la anexión de Dantzig podría provocar la segunda guerra mundial.

<sup>2</sup> Por un momento se temió que esto representaban los Sputniks soviéticos. Evidentemente, desde 1945 nunca sintió tanto Occidente la amenaza de una catástrofe como después del lanzamiento del Sputnik núm. 1.

La cuestión radica en sentar una serie de conceptos claros en materia sociológica, ya que en definitiva el conocimiento más aproximado posible de los problemas sociales va a ser el fundamento de las medidas que se adoptarán en esta hora de incertidumbres y convulsiones.

El valor práctico de estas concepciones sociológicas es de fácil demostración. Tomemos para ello un problema que pudiera parecer a simple vista irrelevante, y que es el de la crisis.

### *Revisión de la idea de crisis.*

La idea de crisis está presente en gran parte de los sistemas político-sociales de nuestro tiempo. Asimismo, es opinión ya compartida universalmente que nos encontramos en medio de una conmoción sólo parecida a la de la Reforma o a la de la caída del Imperio romano<sup>3</sup>. Incluso se ha llegado a afirmar en diversas oportunidades, y entre ellas la reunión celebrada en Nueva Delhi a fines de 1951 bajo el patronato de la U. N. E. S. C. O. entre destacados políticos e intelectuales de Oriente y Occidente, que presenciamos la más grande crisis histórica de todos los tiempos y que ésta nos lleva a revisar toda la escala de valores y la obra intelectual y física realizada hasta la hora presente. Se estima así que no hay plano de la actividad humana que deje de estar afectado por esta pretendida crisis: la religión, la política, la economía, la ciencia y la cultura están en su totalidad profundamente influidas por ella.

Evidentemente, los hechos parecen confirmar la exactitud de este criterio. Nuevos Estados han surgido para destruir los equilibrios de fuerzas que predominaron en los últimos siglos; nuevas técnicas crean formas de existencia absolutamente desconocidas hasta nosotros; nuevas fórmulas de relación social se están esbozando en plena lucha con el precedente sistema de jerarquías; nuevas concepciones del mundo, en suma, basadas en determinadas realidades económicas, políticas y científicas, parecen ir radicalmente contra los valores que se consideraba inmutables y definitivos hace muy pocos años.

No es extraño, pues, que se especule con insistencia sobre el porqué, es decir, la causalidad de toda esta mutación. Algunos autores ligados estrechamente a las teorías sociológicas y jurídicas del Estado de Derecho (Kelsen, McIlwain) estiman que la crisis se debe a la rotura del imperio

<sup>3</sup> H. Laski, "Reflections on the revolution of our time" (edic. 1952).

de la ley, que ha dado lugar al grave peligro del despotismo como fórmula de reglamentación de la vida, y al consiguiente estado de insatisfacción, de angustia, que es característico del hombre de hoy. Sin duda, un hecho cierto es que en el orden interno muchos pueblos viven bajo regulaciones jurídicas aparentemente inviolables que en la práctica están subordinadas a diversas leyes de excepción y facultades extraordinarias que se utilizan por un grupo o un hombre en cuanto se arriesga una mínima parte de su fuerza; asimismo, el Derecho Internacional clásico ha sido en su casi totalidad barrido por el uso de los vetos y por la inobservancia sistemática de los Tratados. Es esta última una circunstancia reconocida por los internacionalistas españoles y extranjeros, que no conviene olvidar en ningún instante a fin de que la política exterior se monte sobre sistemas de intereses reales y sobre una confluencia de fines más que sobre normas legales que se pueden invocar a efectos morales, pero no prácticos.

Se hace también especial hincapié en las causas económicas de la crisis. No se refieren exclusivamente al desajuste que todavía existe en el desarrollo industrial y comercial, sino a un problema aparejado con aquél y que consiste en el retroceso incesante del papel directivo de la clase media—fundamento del sistema democrático en que ha vivido Occidente desde la Revolución francesa—para ser sustituida por una nueva clase, la burocracia estatal, que no sólo destroza en el campo comunista los vagos ideales de la sociedad sin clases<sup>4</sup>, sino que amenaza en los países occidentales el mecanismo de libre evolución que fué una de sus principales conquistas en el pasado.

En el orden de la religión y de la cultura se encuentran, asimismo, causas decisivas de esta llamada crisis de hoy. La indiferencia hacia los principios éticos, tanto individuales como familiares y colectivos, en que se apoyaba la sociedad occidental, así como el descenso de la fe religiosa, marcan también unas consecuencias cuyo diagnóstico no es difícil. Paralelamente, en un mundo dominado por la técnica aparece lo que a juicio de Cassirer<sup>5</sup> es una de las más alarmantes características del pensamiento político moderno: la aparición del poder del pensamiento mítico. No es el momento de entrar en un análisis detallado del mito como factor sociológico de primera importancia. Basta apuntarlo ahora como uno de los elementos que más han influido en el nacimiento de verdaderas idolatrías

<sup>4</sup> Djilas, "The new class" (1957).

<sup>5</sup> "The myth of the State" (edic. 1955).

hacia entes jurídicos, como el Estado, o realidades de otro orden, como la ciencia y la técnica, o personas aisladas. En cualquier caso, constituye un factor de desviación de los valores religiosos y morales y tiende a fomentar las corrientes irracionalistas más turbias. Esta cuestión parece a simple vista muy alejada de la política internacional, pero en realidad no es así, porque una acción diplomática eficaz debe basarse sobre un previo conocimiento del momento psicológico y cultural del mundo; por ejemplo, si se quiere establecer una auténtica conexión entre Occidente y Oriente—objetivo necesario en la resolución de la guerra fría<sup>6</sup>—es preciso tener presente la profunda transformación política y de estilo intelectual que está experimentando tanto la zona árabe como el Asia comunista y los países neutrales o prooccidentales.

En suma, aunque las causas de la crisis son numerosas, para llegar a una visión sintética, y por ello imperfecta, de las mismas, podríamos decir que consisten en la decadencia del espíritu religioso, en la influencia de la técnica, en la desaparición del Derecho como normatividad respetada, en el debilitamiento de las clases sociales antes dirigentes y en el choque entre las tendencias racionalistas y míticas.

En último término, lo que es común a la sociedad o, mejor dicho, a todo fenómeno social global, es que las circunstancias antes expuestas provocan un sentimiento de inseguridad que es la auténtica característica de la llamada crisis. Esta inseguridad, sobre la que se hablaba y escribía cada vez más frecuentemente desde el colapso financiero de 1929 y desde que se ha agravado en todo el mundo el estado de tensión política e intelectual, parece haber llegado a su punto álgido con la aparición de un factor externo, que es la aplicación de la energía atómica como arma de guerra. En el discurso de clausura de la reunión de Nueva Delhi ya mencionada, Nehru se apoya en el peligro atómico cuando afirmaba que habíamos llegado a una época de grandes desastres y que nos sería difícil encontrar un término medio que limitando nuestro progreso limitase quizá la catástrofe que nos amenaza. El ministro de Educación indio, Sarvepalli Radhakrishnan, añadía que los métodos militares a emplear en una nueva guerra son tan terriblemente peligrosos y sus consecuencias tan vastas en

<sup>6</sup> La actual embajadora de la India en Madrid, Mme. Vijaya Lakshmi Pandit, en "The evolution of India" (1957), y Hsu, en "Religion, Science and Human Crisis" (1952), así como otros, han escrito ensayos muy valiosos en este aspecto.

el plano económico, social y cultural que no cabe ya un vencedor más que sobre ruinas y sobre una miseria sin remedio.

El fantasma del suicidio colectivo pesa sin duda en la conciencia política y el estado de incertidumbre se ha agudizado hasta el punto de ser verdaderamente el problema material y psicológico más claro de la hora actual. En este punto conviene recordar que la inseguridad no concierne exclusivamente al riesgo del empleo de la guerra como último recurso de la política, sino que afecta al orden de la moral y a todas las formas sociales de vida. Es lógico, pues, que nuestra época haya producido la filosofía de la angustia y una floración increíble de los mitos. De ahí el que, como en todo momento histórico de desconfianza y temor, vivamos en una balanza de posturas extremas, que oscilan desde el escepticismo absoluto y la desesperanza hasta los racionalismos puros o el irracionalismo casi total que es propio de las concepciones mágicas.

Ahora bien, parece oportuno que nos preguntemos si la idea de crisis no pasa de ser una concepción superficial que está dando lugar a conclusiones totalmente erróneas. En tanto en cuanto por crisis se entiende el cambio profundo de unas circunstancias históricas dadas, es difícil hacer objeción alguna a su formulación. Sin embargo, cuando a este término se le da un valor dramático—considerando la crisis según se hace casi siempre, como una circunstancia catastrófica o extraordinaria—es cuando vemos que responde a criterios acientíficos.

La llamada crisis es pura y simplemente un momento de renovación y de partida de una nueva época. Por ello, no existe si se entiende como una situación de anormalidad histórica. Lo que presenciamos es un cambio de funcionamiento social que quizá se haga con más intensidad que en otros tiempos, pero que es absolutamente normal. En suma, aunque sólo puede admitirse por crisis el significado de modificación de circunstancias, debemos eliminar de este concepto el tremendismo que se ha desarrollado en los últimos decenios.

Hoy día estamos ante un mero proceso de disolución del sistema social, que se repite desde que el hombre vive en sociedad. En otras palabras, la estructura histórica o, para ser más exactos, la estructura social del mundo—que constituye la base del desarrollo histórico—es por su propia esencia un cambio o crisis permanente. No estamos ante nada especialmente nuevo, puesto que desde la aparición de los primeros grupos humanos el sistema social de cada instante contiene y hace fermentar elementos de destructu-

ración y reestructuración que juegan constantemente. El examen objetivo de los hechos enseña que la Reforma o la caída del Imperio romano son un ejemplo más entre los innumerables que podrían citarse. En un plano equivalente podríamos hablar de las crisis provocadas por el hallazgo del fuego, o por el paso del paleolítico al neolítico, o el descubrimiento de la rueda, o los primeros viajes de circunvalación, o la aplicación del vapor como fuente de energía. Cabe hacer una interminable lista de los momentos históricos en que los cambios se prodigaron de una manera neta y definida, pero la investigación prueba que junto a ellos no ha habido instante en que la Historia no se haya encontrado en pleno proceso dinámico de deestructuración y creación.

De hecho, al enfocar todo problema sociológico es imprescindible observar la importancia que tiene el factor de la dinámica, cuya concepción tiene que ser tomada forzosamente de la Física.

#### *El carácter dinámico del orden social.*

En la primera etapa de formación de la ciencia sociológica, el ingeniero de la Escuela de Caminos de Bucarest, Haret, y el de la Escuela de Caminos de Madrid, Portuondo y Barceló, escribieron ensayos sobre Mecánica Social en los que trataron de aplicar sistemáticamente las leyes físicas a los hechos sociales. El intento estaba llamado forzosamente a fracasar, en principio porque existe en el mundo de la materia y en el del espíritu una serie de elementos que son esencialmente irreductible entre sí; y en segundo lugar, porque operaban con excesivo rigor y sobre unas bases equivocadas.

Ahora bien, el orden de lo físico y el de lo espiritual no son tan radicalmente opuestos como parece a primera vista. Prueba de ello es el recencuentro de la ciencia y de la filosofía, que caracteriza a nuestro siglo frente al XIX, en que habían caminado casi absolutamente divorciadas. La razón fundamental del esfuerzo por alcanzar un camino común es que, como dice Eddington, las mismas leyes de la mecánica, de la gravitación, de la electrodinámica, de la óptica, que se han reunido en un esquema único, no tienen su origen en un mecanismo especial de la naturaleza, sino en el espíritu. Y la investigación física está llegando a un punto en que se hace gran parte del avance científico por el instrumento del espíritu, mediante abstracción de la propia experiencia empírica y en parcial ruptura con principios básicos de la física clásica, como es el de la causalidad.

Tomando la definición de este principio de un simple texto universitario, diremos con Westphal<sup>7</sup> que su enunciación es la siguiente: «Si conociéramos el conjunto de las magnitudes de estado de todo lo que interviene en un proceso natural en un momento dado, sería teóricamente posible calcular todas las particularidades de su curso precedente y deducir de antemano los detalles de su evolución futura.» Sin embargo, y aun cuando sea absolutamente imprescindible en la práctica seguir el principio de causalidad para la observación y determinación de los fenómenos físicos, sobre todo cuando operamos con fenómenos macroscópicos, se le ha levantado un muro infranqueable en lo que se refiere a los procesos de los átomos y moléculas aisladas, donde se admite hoy con carácter incontrovertible, el llamado principio de indeterminación o incertumbre de Heisenberg. Ocurre que, contra lo que pasa con los cuerpos formados por muchos átomos, aun cuando conozcamos la coordenada de posición de un electrón, no es posible más que de manera indeterminada o intuitiva fijar su posición futura. En efecto, para observar su curso, por ejemplo con un microscopio, hace falta iluminar el electrón. Para ello debe emplearse un rayo de onda muy corta, pero éste produce un efecto Compton que hace variar la velocidad y el impulso del electrón en un modo imposible de controlar. Técnicamente, pues, el electrón «se pierde», al menos como objeto observable. El proceso de medida debido al cual sólo pueden fijarse con incertidumbre las magnitudes de posición e impulso de un corpúsculo — porque la misma observación humana modifica la velocidad e impulso del elemento estudiado — tiene una influencia insignificante en los cuerpos grandes, pero hace que el principio de causalidad se convierta en una abstracción dentro del mundo del microcosmos, que se convierte así en un enigma inaprehensible. Como dice el citado Westphal, el principio de causalidad pierde la posibilidad de aplicarse en el dominio de la Mecánica cuántica y aunque sea teóricamente válido, no puede demostrarse que se cumpla. Las leyes de la causalidad se sustituyen, en suma, dentro de la Mecánica cuántica, por relaciones de probabilidad.

En el campo de los fenómenos sociales, el principio de causalidad opera con mucho menos rigor que el de incertidumbre. Este es, en realidad, el que actúa más intensamente. Sin llegar a enunciarlo de una manera precisa, reconocen este hecho la mayor parte de los tratadistas actuales, entre

<sup>7</sup> "Tratado de Física".



ellos Andrzejewski, que, en una de las obras más importantes de estos años <sup>8</sup>, dice que al estar determinado cada fenómeno social por varios factores a la vez, su investigación y caracterización es especialmente difícil; a ello se debe el que la mayoría de las generalizaciones sociológicas sean meras constataciones de tendencias. Sólo se puede afirmar que una circunstancia dada tiende a producir ciertos resultados, es decir, que los producirá si no aparecen factores más fuertes que los contrarresten.

Para resumir gráficamente la comparación entre el mundo físico y el social en lo que respecta a los puntos examinados, cabría hacer el siguiente cuadro:

	<i>Orden físico</i>	<i>Orden social</i>
Macrocosmos	{ Rige el principio de causalidad ... El principio de incertidumbre es inoperante ... .. .	{ Rige el principio de incertidumbre. El principio de causalidad no está demostrado ni se puede aplicar con seguridad.
Microcosmos	{ Rige el principio de incertidumbre. Aunque teóricamente debe admitirse el principio de causalidad, no puede aplicarse ni demostrarse.	{ El principio de causalidad está más demostrado en ciertos aspectos.

Ahora bien ello no quiere decir que en los fenómenos sociales el principio de causalidad tenga que ser forzosamente tan inalcanzable desde un punto de vista práctico como ocurre en el microcosmos físico; ni que, por tanto, sea necesario renunciar a él. Cierto es que la coexistencia de muchas fuerzas y elementos en los hechos sociales hacen especialmente aleatoria su formulación y generalización. Pero ¿quiere decirse con eso que sea imposible? En realidad ocurría antes lo mismo con los fenómenos macrofísicos y, sin embargo, desde Galileo ha sido factible llegar a concepciones globales válidas.

A pesar de todo, aun cuando es previsible que la investigación en el campo de la psicología, de la antropología, de la biología y de la misma sociología irá borrando muchos de los factores de incertidumbre y nos permitirá conocer auténticas relaciones causales y no de simple tendencia, es indudable que el principio de incertidumbre será siempre más operante en el campo social, por cuanto actúa un elemento corrector, de influencia decisiva, que es el espíritu. No en vano Max Scheler definió el hombre como el único ser que sabe decir no a la realidad: las reacciones espiritua-

<sup>8</sup> "Military Organization and Society".

les hacen que siempre sea parcialmente imprevisible el desarrollo de la conducta humana.

Por consiguiente, podemos decir que mientras en el orden de los fenómenos físicos el principio de causalidad se aplica forzosamente en el macrocosmos y el principio de incertidumbre rige solo eficazmente con los corpúsculos más pequeños, en el orden de los fenómenos sociales el principio de incertidumbre ha de aplicarse siempre, aunque es preciso tener en cuenta que el principio de causalidad es vigente desde un punto de vista teórico (por muy complicada que sea la actividad espiritual no hay razón para que en ella no exista la relación de causa a efecto) y puede aplicarse cada vez más, según avance la investigación de los hechos sociales.

Como vemos, estamos lejos de la opinión tradicional, que estima absolutamente contrapuestos el mundo físico y el social. Existe un paralelismo, hasta cierto grado, y por ello es legítimo tomar determinados conceptos de la Física clásica.

Según anticipamos antes implícitamente, de todos estos conceptos el más importante es el de la dinámica. Efectivamente, tanto el universo físico como el social son en esencia dinámicos. Frente a criterios ya anticuados, lo estático es válido sólo como simple abstracción o, mejor dicho, de un modo formal.

Observando el macrocosmos, se admite ya por los científicos de nuestra época, desde la teoría de la relatividad y en particular desde Sitter, que el universo no puede ser estático, porque se expansiona continuamente. La idea del universo como algo especialmente terminado, se ha rechazado a partir del momento en que se estudiaron las nebulosas espirales y se vió un corrimiento de las rayas del espectro hacia el rojo, dado que eso indica un movimiento de fuga. El Universo evoluciona incesantemente y su dimensión global aumenta, siendo un hecho correlativo a éste el nacimiento de estrellas nuevas (Unsold). De acuerdo con la teoría de la evolución del Universo, formulada por Jordán, la masa del Universo aumenta con su edad; para rellenar parcialmente este espacio creciente, nacen de continuo nuevas estrellas.

No hay, pues, lugar en la ciencia moderna para la idea de un Universo inmutable, quieto. Por el contrario, nos encontramos ante un colosal fenómeno de creación, que ya había cantado Goethe en unos versos inmortales.

De igual modo que el Universo está sujeto a unas leyes evolutivas, en

virtud de las cuales su verdadera naturaleza es dinámica, en el microcosmos físico la estática es también imposible como estado sustancial.

Sin embargo, las llamadas leyes de la estática son válidas en cuanto se entiende por ellas toda formulación de los requisitos necesarios para que los sistemas de fuerzas produzcan equilibrio en los cuerpos, es decir, para que se neutralicen entre sí sus efectos. Por lo demás, son indispensables en la práctica. Ocurre como en la pequeña influencia ejercida por el principio de incertidumbre cuando actúa en el macros cosmos al lado del principio de causalidad: son dinámicas la raíz y el funcionamiento último de los cuerpos, aunque su situación durante un lapso de tiempo  $x$  sea estática. De todos modos, incluso en los seres más «visualmente» fijos, no hay equilibrio estático donde no coexiste un sustratum dinámico que acaba predominando como factor de desintegración y destrucción de esa apariencia de equilibrio.

Tales realidades del mundo físico han calado profundamente en la ciencia sociológica de nuestro tiempo que, al observar los hechos sociales, casi unánimemente admite su carácter eminentemente dinámico.

Augusto Comte dividió su Sociología en Estática y Dinámica, términos que substituyó luego, como equivalentes, por los de Anatomía y Fisiología social. Sin embargo, la primera distinción, de carácter mecánico, ha seguido aceptándose después. Su formulación es bien sencilla<sup>9</sup>: la estática social describe las formas típicas de sociabilidad tal como se presentan una vez constituidas, no preocupándose de la manera en que se elaboran, cambian y destruyen bajo la presión de las fuerzas que las mueven, ya que esto es objeto de la Dinámica. Sin embargo, esta división es artificial y, como hizo constar Gurvitch<sup>10</sup>, ha producido daños incalculables en la Sociología. En todo caso sólo podría aceptarse un trasplante de la clasificación que hace Julio Palacios en relación con la Mecánica: Cinemática (ciencia que estudia el movimiento en sí, prescindiendo de sus causas), y Dinámica (que estudia los efectos producidos por las fuerzas en los movimientos de los cuerpos), subdividiendo ésta en Estática (que estudia las condiciones de equilibrio de varias fuerzas que se contrarrestan) y Cinética (que estudia las fuerzas como productoras de movimiento). Esta especie

<sup>9</sup> Haesaert, "Sociologie Générale" (1956).

<sup>10</sup> Su artículo "Le concept de structure sociale", publicado en los "Cahiers Internationaux de Sociologie" de 1955, 2.º sem., es realmente fundamental para comprender la estructura dinámica del mundo social.

de transacción ofrece la ventaja de respetar el carácter esencialmente dinámico de la materia social, haciendo de la Estática un aspecto de dicha caracterización. Aun así, según ya lo hemos anotado, es necesario tener presente que la clasificación citada sólo tiene un valor convencional y práctico (para estudiar las creaciones sociales tal como se presentan ante nosotros cuando se considera que están «terminadas»), pero puede conducir a peligrosos resultados.

En resumen, si se quiere comprender un hecho o fenómenos social en su integridad, es necesario entenderlo como un proceso en continuo desarrollo en el cual van inmersos sus propios elementos de reestructuración y deestructuración. Por tanto, parece preferible desterrar para siempre del lenguaje sociológico el término de Estática.

De los sociólogos actuales quizá sean Sorokin y Gurvitch los que han profundizado más en la esencia dinámica de los fenómenos sociales. El último de ellos define la estructura social como un equilibrio precario entre formas de sociabilidad, regulaciones sociales, modos de división de trabajo, grupos funcionales, clases, etc. La nota de precariedad o inestabilidad es en efecto fundamental porque los fenómenos sociales son evolutivos: es decir, evolutivos en el sentido darwinista, como un desarrollo que implica necesariamente modificación.

El estudio del presente y del pasado histórico confirma la radical imposibilidad de encontrar una sola estructura social fija, ni siquiera en las organizaciones tribales que más lentamente se han transformado. Superficialmente la realidad histórica constituye una confusa malla de hechos y de personalidades que surgen y desaparecen, se mezclan, disocian y chocan. Aparentemente la Historia podría definirse como la vida, según Dilthey: extraña traza de azar, destino y carácter. ¿Está a nuestro alcance encontrar un camino y un sistema con este material tan inconexo a simple vista? Spengler, Schubart, Northrop, Toynbee y otros muchos ensayistas han caído en esta tentación de poder catalogar y dotar de significación las distintas culturas que han surgido sobre la tierra. Esta posición es similar a la que Lowie<sup>11</sup> llama teoría del paralelismo, según la cual toda evolución social es uniforme, todos los pueblos tienen que atravesar las mismas fases de desarrollo. Ahora bien, así como es falsa la momificación de civilizaciones con la pretensión de que siguen el curso biológico de nacimiento, desarrollo, madurez y muerte del individuo, así es errónea la

<sup>11</sup> "Social Organization" (edic. 1955).

creencia en una inmutabilidad de las leyes evolutivas de los grupos sociales; por el contrario, no cabe más que una teoría multilinear, conforme a la cual existen múltiples modalidades en el proceso evolutivo de los pueblos o grupos.

El problema es, pues, que encontrándonos ante una dinámica social como factor del que se ha de partir necesariamente, no se han formulado unos principios que la rijan, como son en la dinámica física las tres leyes del movimiento descubiertas por Galileo y enunciadas por Newton. La correlación entre causa y efectos no se pueden determinar aún más que en forma aproximativa e insegura en el orden social, incluso cuando se examinan fenómenos ya transcurridos. Independientemente de que el término de causas es sumamente peligroso, por lo alcatorio, cuando se emplea en la investigación histórica o sociológica conviene recordar que dichas causas son tan numerosas y se manifiestan en forma tan difusa que hacen impracticable un esquema o una generalización de validez real; como máximo permiten generalizaciones de validez limitada<sup>12</sup>.

Así, tomemos el caso de la sociedad griega en el siglo IV a. de J. C., cuya estructura es sensiblemente distinta de la anterior a las guerras del Peloponneso. Parece claro que las devastaciones sistemáticamente hechas en el campo durante los asedios de ciudades o durante las retiradas de los ejércitos por las zonas conquistadas, así como las confiscaciones consiguientes a las sublevaciones interiores arruinaron totalmente la nobleza ateniense, que había dominado hasta entonces—pese a las instituciones políticas democráticas—, ya que su base económica era casi exclusivamente territorial. Su sustitución por una minoría de personas enriquecidas en la industria, el comercio y la política dió lugar a una profunda transformación en la morfología social: desaparecieron los ideales caballerescos y el ejército se constituyó a base de mercenarios, especialmente en las campañas de Sicilia; esto condujo a la formación de la clase de oficiales profesionales, así como a la exclusión paulatina de los civiles en lo que concernía a la dirección de los asuntos bélicos. De ahí al desarrollo de la idea monárquica—que iba a alcanzar su máximo esplendor en Alejandro Magno—sólo había un paso, que precipitarían de un lado las continuas revoluciones y guerras internas de la época, y de otro la confluencia de los poderes civiles

<sup>12</sup> Bastide, "La causalité externe et la causalité interne dans l'explication sociologique", "Cahiers Internationaux de Sociologie", 1956.

y militares en una sola persona: Filipo. Por lo demás, esta época de transición entre las guerras del Peloponeso y el advenimiento de la dinastía macedónica sufre otras muchas mutaciones sociales por la causa económica ya apuntada de la destrucción del soporte agrario.

Limitándonos al ejemplo expuesto, aparece una sucesión clara de estadios o fases históricas: sustitución de la base agraria por la industrial y comercial; reemplazamiento del estilo aristocrático por el burgués; la guerra, especialmente la de tipo colonial, se realiza con mercenarios; se crea una nueva clase, la del militar profesional; se desplaza a los funcionarios y políticos civiles de los asuntos militares; los oficiales toman el poder; adviene la monarquía, apoyada en la clase militar triunfadora. No obstante, este esquema carece de valor si se le quiere formular como una ley histórica, por cuanto no sirve para explicar la formación de otras monarquías militares (por ejemplo, los reinos bárbaros que aparecieron después de la caída del Imperio romano no tenían nada que ver con la previa constitución de una clase de soldados profesionales, hecha como en la Hélade).

Del mismo modo han fracasado cuantos sistemas morfológicos se han construido por los historiadores y sociólogos sobre circunstancias acabadas tanto en un sentido temporal como en el estructural. Correlativamente, debe mirarse con desconfianza cuantas predicciones se hacen para el futuro, así como cuantos ordenamientos político-sociales se proclaman como inmutables.

Entre estas profecías es corriente ya la de que en el futuro predominará el sistema de dictadura y el de ordenamientos sociales muy estratificados. Se parte para ello de los avances científicos de nuestra época, que provocan una organización cada vez más rígida de la vida económica y hasta espiritual de los pueblos, haciendo que desaparezca insensiblemente toda posibilidad de un renacimiento de la democracia parlamentaria y del ejercicio de la libertad que son consustanciales a la cultura de Occidente. Parece inevitable, en efecto, que el encauzamiento racional de la economía masiva y de las nuevas necesidades sociales vaya encomendándose con carácter de monopolio a una burocracia estatal, que a su vez debe caer sin remedio bajo el control de una oligarquía fundamentalmente militar (por cuanto en la previsible continuación del sistema de guerra fría y de conflictos parciales, la «última instancia» en la dirección de los Estados, al menos de las grandes potencias, incumbe cada vez más a los Altos Estados Mayores).

Sin embargo, esta profecía, que en el orden literario se expone dramáticamente en *1984* de Orwell, y *Un mundo feliz*, de Huxley, quizá esté plenamente equivocada. Aun cuando se han perfeccionado extraordinariamente en este siglo las técnicas de control social—en el campo de la propaganda y de la represión, especialmente—es imposible que en mucho tiempo se supere el estadio actual, en el cual la evolución social se regula por la ley de la incertidumbre mucho más que por la ley de la causalidad. El recurso de la planificación es eficaz mientras que su duración sea limitada y también sean limitados sus objetivos, pero falla si se pretende aplicarlo con rigidez al conjunto de los fenómenos sociales globales. Además del factor corrector, que es el espíritu, las fuerzas sociales no se han podido medir ni calcular como las fuerzas físicas y por ello en un tiempo hoy por hoy indeterminable no se podrá controlar sus efectos.

Es manifiestamente precipitado creer que una planificación impuesta por la violencia basta para producir unos ciertos tipos sociales permanentes, porque no se pueden sojuzgar, por imprevisibles, muchas fuerzas o causas de desintegración y movimiento. Estas causas pueden ser externas o internas, según que se trate de acciones ejercidas por el medio social o de acciones transformadoras que se experimentan sobre los estímulos llegados de fuera. De las causas externas, la guerra es la que más intensamente presiona para producir una movilidad social tanto en la forma vertical en que se disponen los distintos estratos sociales como en la forma horizontal de relacionarse los grupos sociales (es decir, tanto en el ordenamiento político-social interno como en las relaciones internacionales). En tal aspecto, no hay planificación que tenga una mínima posibilidad de supervivencia si se ve sometida a la prueba de una guerra. Es un hecho harto sabido que casi siempre un pueblo derrotado cambia su estructura social profundamente. La misma U. R. S. S., victoriosa más tarde, tuvo que renunciar a la idea de los ejércitos políticos y a la consigna de la revolución proletaria, cuando quiso sobrevivir ante el ataque alemán; se vió obligada a enarbolar nuevamente la enseña del patriotismo, que indudablemente sigue siendo un sentimiento decisivo en la conducta de todos los pueblos. Por otra parte, además de la guerra, son también prácticamente imprevisibles los efectos de otras causas de modificación social, especialmente las internas. El paso al liberalismo no es consecuencia de un terremoto histórico, como fué la Revolución francesa, sino de una lenta y paulatina transformación en el campo de las ideas y creencias que sustentaba la propia clase dirigente. Esta mutación de la clase gobernante no se pro-

voca sólo, como se cree normalmente, por simples presiones externas de carácter económico o político, o por el movimiento clásico interestrático que continuamente lleva individuos de una a otra clase, en un sentido vertical de ascenso o descenso. En general existe siempre una fuerza determinante que es la propia evolución de los principios, es decir, de las concepciones del mundo que constituyen el soporte espiritual del grupo rector; tal evolución puede seguir inúmeros y misteriosos recorridos. El paso de la República al Imperio se debió en Roma no a las victorias de César ni de Octavio, sino a que los patricios ya habían hecho dejación hacia tiempo de los ideales de sobriedad y de responsabilidad, así como de sus funciones de guardianes de la «res» pública, por lo cual estaban predispuestos en favor del sistema de autoridad unipersonal y de las concepciones de origen oriental que informarían la política romana hasta la invasión de los bárbaros; los jefes militares se habían acostumbrado a regir las provincias sin tener en cuenta al Senado más que de manera formal, y habían ido desintegrando también, poco a poco, una estructura de clases que parecía inmovible.

El paso del tiempo es suficiente para que no se mantenga con pureza cualquier tipo de creencias político-sociales. Por ello, únicamente tienen probabilidad de mantenerse durante largos períodos históricos aquellos sistemas que admitan la flexibilidad y el cambio, sobre unas bases fijas escasas en número y muy claras en su delimitación. Con ligeras excepciones esto no existe en la actualidad. Así, la *ruling class* soviética de hoy dista bastante en su estructura, funcionamiento y finalidades del grupo que hizo la Revolución de 1917 y, a su vez, es muy probable que en el transcurso del siglo XX vaya transformándose profundamente con las ideas o con el estilo de las nuevas generaciones. Esto mismo acaece en casi todas partes: es imposible hacer perdurar la tensión y el entusiasmo de una guerra o de una conquista social en los que eran niños o no habían nacido todavía cuando aquello se produjo.

Por todas estas consideraciones parecería a simple vista que el entrelazamiento, confusión y multiplicidad de los elementos y fuerzas sociales tiene que conducir a una continuación indefinida de la política instintiva. Ahora bien, no es teóricamente imposible que se pueda enfocar científicamente el problema sociológico. La planificación del presente y del futuro, el hallazgo de normas y leyes, no son ideales inalcanzables.

Quizá una de las causas principales de la llamada crisis de hoy sea



el acentuamiento de la diferencia entre el progreso de las ciencias de la naturaleza y el de las ciencias del espíritu. La razón de esta separación, cada vez más grave, es que la investigación en el terreno de la cultura se hace en el mismo cauce que abrieron Platón, Aristóteles y San Agustín. Ahora bien: si asistimos a un proceso de acercamiento entre la Ciencia y la Filosofía, es cuando en el orden político, en el moral y en el social —que todo ello está íntimamente unido— se hace urgente seguir una metodología científica.

Tal metodología no consiste sólo en un trasplante de términos, sino en llegar hasta las últimas consecuencias del empleo de éstos.

En principio, nos encontramos ante dos problemas: 1.º, cuando hablamos de dinámica social no podemos reducirnos a constatar su existencia, sino que se impone el estudio de las fuerzas que operan y de sus efectos; 2.º, el orden social, como el físico, está integrado por una serie de elementos: la observación de éstos, unida a la de su dinámica, es, pues, necesaria para tener una idea global de las estructuras sociales.

Por lo que respecta al primer punto cabe en líneas generales admitir dos tipos de fuerza: de cohesión y de descohesión. Esta distinción es válida tanto para la explicación de los fenómenos más puramente sociales como para aquellos de carácter social-político. Efectivamente, en cuanto queramos referirnos al poder, el término de fuerzas cohesivas y descohesivas engloba el de fuerzas centrípetas y centrífugas con el cual alude Andrzejewski, en su citada obra *Military Organization and Society*, a los factores que ocasionan en toda estructura política la concentración o dispersión territorial del poder. Asimismo, si queremos abarcar toda la gama de los fenómenos sociales macroscópicos o microscópicos nos parece equivalente a esta terminología la que emplean muchos sociólogos franceses cuando hablan de fuerzas restructurales y destructurales.

Dichas fuerzas cohesivas y descohesivas actúan continuamente sobre la estructura social con un funcionamiento parecido al enunciado por la ley del equilibrio que formula la Cinética química. Así como las reacciones químicas son necesariamente reversibles, los elementos que dan lugar a una fuerza cohesiva nunca pueden hacer desaparecer totalmente, sino en todo caso dominar temporalmente a las fuerzas descohesivas y viceversa.

Un segundo principio de mecánica social, deducido del anterior, es que una estructura social sólo puede subsistir, al menos fundamentalmente, en tanto no se imponga una fuerza descohesiva.

Existen fuerzas descohesivas casi imposible de borrar, por ejemplo el nacionalismo. No se nos oculta la extrema dificultad de definir este oscuro término de nacionalismo, ni tampoco es del caso hacerlo aquí<sup>13</sup>.

Evidentemente, el nacionalismo es uno de los más importantes y complicados factores de producción de fuerza en lo que concierne a la estructura territorial del poder. Por una parte, los ideales nacionales han conseguido aglutinar la sociedad en todos los países donde han surgido; hoy día siguen la misma trayectoria en el Próximo Oriente, donde a su amparo se está creando un Estado unitario en el que paulatinamente se va absorbiendo y difuminando las formas sociales a que dieron lugar las monarquías feudales instauradas por los Tratados de Versalles. Ahora bien, desde un punto de vista internacional, el nacionalismo obra como el principal factor de descohesión.

Como señala Aguilar<sup>14</sup>, los supuestos del orden jurídico internacional son necesariamente: *a*) pluralidad de Estados; *b*) coexistencia de los mismos, en forma de relaciones intensas y normales; *c*) soberanía, entendida como categoría jurídica y condición política; *d*) solidaridad e interdependencia; *e*) un vínculo espiritual, la participación en unos valores comunes de tipo cultural y ético; *f*) existencia de una normatividad. Según señalamos antes, este orden jurídico ha quedado prácticamente destruido. A tal situación ha conducido la progresiva imposibilidad de cumplimiento de varios de los supuestos citados, especialmente los de solidaridad y vinculación espiritual. Contribuye decisivamente a ello el nacionalismo, que de ser un fenómeno netamente occidental se recoge en este siglo por los pueblos coloniales como un factor que en parte es de lucha contra el mundo blanco y en parte de reivindicación económico-social. Asimismo, con respecto a todos los movimientos de integración internacional, el nacionalismo es la principal barrera a superar ahora y en el futuro.

El hecho es que mientras no predominen netamente los intereses supranacionales seguiremos viviendo en un estado de tensión y de desequilibrio.

Es posible que se logre controlar el nacionalismo, aun cuando no sea ello previsible en varias generaciones, pero precisamente por el primer postulado de Mecánica social, a que antes aludimos, no es conveniente olvidar que nunca ha de desaparecer—incluso como fuerza política—esa in-

<sup>13</sup> Nos remitimos al libro de Hertz, "Nationality in History and Politics" (1957).

<sup>14</sup> "Derecho Internacional Público".

vata adhesión del hombre al medio humano en que nace y se educa. Una gran labor de nuestra era consiste en hacer compatible ese legítimo sentimiento con un ordenamiento superior, indudablemente mucho más avanzado; esto constituye, por así decirlo, el deber ser. Sin embargo, como la realidad sociológica es la persistencia de las fuerzas nacionalistas, parece recomendable examinar con el mayor cuidado las consecuencias de una participación en los bloques que se están formando, para evitar una claudicación prematura de la soberanía en favor exclusivo de otro u otros Estados. De todos modos, al coexistir la circunstancia de que por imperativos económicos, culturales, técnicos y políticos, la integración de los Estados, al menos en Europa, es un objetivo inexcusable, lo lógico es participar en los intentos integradores con una extrema vigilancia sobre los rebrotes nacionalistas. No perdiendo de vista esta norma de prudencia, la Europa del Mercado Común puede seguir estructurándose fase a fase.

En cualquier caso, los Tratados de ámbito supranacional no son suficientes, en su misma letra, para resolver el problema de llegar a una existencia común entre pueblos que antes vivían autónomamente. Esta existencia común es una cuestión ante todo social. Por ello, como se trata de superar las fuerzas descohesivas actuales y, en suma, de planificar una nueva estructura social, el Tratado del Mercado Común sólo puede considerarse como un puro momento de arranque. Precisamente porque lo social es esencialmente dinámico, no puede esperarse que la dura tarea emprendida acabe respondiendo en un todo a los textos ya firmados. Si pretendemos llegar a buen puerto, es imprescindible un continuo proceso de desarrollo, perfeccionamiento y reajuste.

En realidad, la aceptación del carácter dinámico de la estructura social tiene múltiples consecuencias en lo que concierne a la política internacional de los Estados. Por una parte, no puede proyectarse una relación inter-Estados confiando plenamente en el principio *pacta sunt servanda*, que las nuevas concepciones de vida y el estado de tensión han echado por tierra. Una alianza sólo puede durar si perdura la coincidencia de intereses tanto económicos como espirituales o culturales; existiendo tal coincidencia, incluso, es preciso también un ágil mecanismo de consultas mutuas que vaya ajustando los Tratados a la realidad. La cuestión es adaptarse siempre a las necesidades de cada momento. Recogiendo, pues, la recomendación que hacía Talleyrand (*surtout pas trop de zèle*) es preciso distinguir los objetivos fundamentales y no perderlos de vista (la integración continental,

por ejemplo, en el supuesto citado) sin hacer demasiado hincapié en los textos o en asuntos accidentales.

Un primer paso importante en esta dirección se ha dado con los Pactos no políticos. Así, los Tratados económicos, salvo raras y excepcionales circunstancias, corresponden por lo general a intereses y necesidades auténticas; su cumplimiento se vigila frecuentemente por Comisiones mixtas y su desarrollo es obra de Acuerdos de pequeño rango jurídico, en forma de Protocolos o de meras Actas de aquellas Comisiones.

Como era de esperar, siguen esta tónica ciertas regulaciones internacionales que han aparecido recientemente. Un ejemplo de ello es la red de Convenios de Seguridad Social que están concluyendo los países europeos entre sí desde el final de la II Guerra Mundial<sup>15</sup>. No es éste el momento adecuado para entrar en su estudio. Basta señalar, a los efectos apuntados, que después de consagrar la aplicación de las legislaciones de seguros sociales a los súbditos de los Estados signatarios, en régimen de plena equiparación, y borrando las fronteras por lo que concierne al cálculo de los años de servicio laboral que dan derecho a las pensiones, se encomienda su ejecución a los propios Organismos de seguridad social de los países interesados; la coordinación entre éstos y las normas procesales y adjetivas se contienen en una multiplicidad de Acuerdos complementarios, Acuerdos especiales y Protocolos. De esta forma se está llegando en materia de seguridad social a un Código uniforme para todos los trabajadores europeos. La primera expresión legal de éste es el Convenio Europeo de los Trabajadores Migrantes, que se firmó en Roma el 10 de diciembre de 1957, dentro del marco del Mercado Común, y que es una manera de plasmar multilateralmente lo que ya se había conseguido con éxito por la vía bilateral.

En general, toda construcción rígida, por muy fuerte que sea, tiene poca duración en el campo político, al estar contrapuesta a la base dinámica de la realidad social.

Según advertimos antes, lo que se denomina crisis no es otra cosa que un proceso normal y constante en la Historia; lo que ocurre ahora es que se desenvuelve con mayor rapidez. En efecto, los períodos de tiempo que transcurren entre los descubrimientos de la rueda y la navegación

---

<sup>15</sup> España ha concluido ya Convenios de Seguridad Social con Italia, Francia, Bélgica, Alemania Occidental y Suiza. Asimismo ha suscrito numerosos Acuerdos Administrativos y Complementarios.

a vela se cuentan por milenios; desde el descubrimiento de la aplicación del vapor como fuente de energía, los hallazgos de la técnica van quemando etapas sin cesar. A este fin interesa conocer el *Bilan*, que se publicó en Francia bajo la dirección de Albert Béguin para conmemorar el primer cincuentenario del siglo XX. Al frente del capítulo dedicado a la ciencia —obra de François Le Lyonnais— figura una frase de Macaulay que refleja todo cuanto estamos afirmando aquí: «Un punto, ayer visible, es hoy su objetivo; mañana será su momento de arranque.» En 1900 ya estaban descubiertos 82 elementos químicos; en 1950 se había llegado a los 92. La lista de compuestos orgánicos era en 1883 de 20.000; en 1910 alcanzaban los 140.000 y en la actualidad se inventan unos 10.000 anuales. La investigación del firmamento hacía cifrar en 25.000 estrellas el número que figuraba en el catálogo Draper de 1924; Monte Palomar ha hecho que se haya observado hasta  $0,50 \times 10^9$  años-luz del espacio sideral, lo cual se calcula en 1/30 del universo. La desintegración del átomo, los proyectiles dirigidos, la cibernética y los avances médicos son, al lado de esto, los hitos más importantes de un vertiginoso progreso técnico que forzosamente influye en la estructura social. No es extraño que exista una correlativa intensidad en el desconcierto del hombre ante tan profunda transformación.

Frente a este panorama, el gran problema político de nuestro tiempo consiste en llegar a un conocimiento desapasionado de la realidad social, que sea lo más científico posible.

Para ello, supuesto el factor dinámico de las estructuras sociales, así como la forma de operar de las fuerzas sociales y de los principios de causalidad-incertidumbre, conviene entrar en el examen de los distintos elementos que constituyen aquellas estructuras: las relaciones de los grupos sociales entre sí y con su medio físico; las clases; el *plafond* psicológico, cultural y religioso de los fenómenos sociales; los factores de destrucción y reestructuración, etc.

En cada una de estas cuestiones, los múltiples problemas que plantea su investigación, ajuste y planificación sólo pueden esbozarse ahora, pero una labor de equipo objetivamente llevada sería capaz de atacarlos más profundamente, para evitar que la acción política siga ensanchando la brecha que existe entre ella y las necesidades sociales. El diletantismo es en política, por lo demás, un lujo demasiado caro y conviene sustituirlo por la reflexión y por una planificación auténtica.

ENLAR.

